



El culto de *Ahura Mazda*, de Ormuzd, el dios único y creador, se pone en uso. Los amchaspandas, los izedos, vuelven á ocupar su antiguo rango en la veneracion popular; el trono y la corte del gran rey se rigen por la jerarquia celeste. El fuego simbólico, la imagen de Agni recobra sus altares, y el schah se honra de aparecer en adoracion delante de él. Una moral bastante pura, pero poco seguida en la práctica, señala el carácter de los persas y les vale la admiracion de los griegos.

Al fin Darío, bien por su propia inspiracion ó bien por imitacion á los monarcas, cuya grande herencia él habia recibido, añade á todas sus grandezas el lujo de las construcciones. Engrandece los palacios de Istakhar y la ciudad persa por excelencia, Persépolis. La cordillera de montañas de mármol negro que lleva todavía el nombre de trono de Djemschid, cuya forma es redonda á manera de un anfiteatro, sirve de recinto á un edificio que está formado de enormes trozos de mármol, unidos unos con otros con cemento, y tan admirablemente enlazados, que á la simple vista no es posible distinguir las juntas. Escaleras de mármol dan entrada

á tres series de terrados, por los que pueden pasar de frente diez jinetes á caballo. Sobre las pilastras que han sobrevivido, se levantan animales fabulosos, que parece como que están guardando las puertas. Columnas acanaladas, que apenas pueden abarcar tres hombres y que miden diez y siete metros de altura, sostienen un peristilo sobre el cual se abren grandes obras, compuestas de numerosos departamentos y decorados con una multitud de esculturas y relieves. Aquí y en los alrededores se ven grandes sepulturas; una se atribuye al héroe Rустem, otra á Ciro. El carácter general es idéntico á las construcciones de Babilonia, con un mismo estilo, una misma grandiosidad, un mismo simbolismo y hasta quizás con una misma ornamentacion.

Bien podia ser la residencia de los señores de Oriente, de aquellos en quienes se resumian los destruidos imperios y las derrumbadas monarquías.

Tal era el poder terrible que iba á hallarse en presencia de la Grecia.

La conquista del Oriente preparó la Persia para la lucha. Veamos lo que la Grecia hizo.

### CAPÍTULO III

La Grecia hasta la primera guerra médica.—Separacion de la Grecia de Asia y la magna Grecia, de la Grecia central.—La magna Grecia y la Sicilia.—La Grecia central.—La Macedonia.—Las ciudades marítimas.—Las fuerzas continentales.—Esparta.—Atenas.

Por grado ó por fuerza la Grecia Central se habia separado de sus dos compañeras la Grecia de Italia y el Asia Menor.

La magna Grecia parecia bastarse á sí misma. Las colonias, fuertes por sus riquezas y celosas de su independencia, despreciaban la sujecion de la madre patria, y no conservaban con ella más que lazos de respeto y de deferencia. Estaban muy preocupadas ya por sus rivalidades, ya por sus artes y por su industria, para poder pensar en las luchas de la Hélade, cuyos nuevos conquistadores eran extranjeros.

Habia tambien entre ellos y entre los dorios vencedores cierta animosidad y casi odio, puesto que la conquista habia llenado de fugitivos sus costas. Armadas sucesivamente las unas contra las otras, invadidas por el lujo y la corrupcion, se encargaron de defender á los mercenarios, y aun cuando ellas no pudieran aniquilarse reciprocamente, quedaron sometidas á los «tiranos» de Sicilia.

La Sicilia se habia hecho, en efecto, poderosa. Las colonias griegas se habian agrupado á ella. Los jonios y los dorios eran sobre todo, los que sobresalian, llegando los unos con sus tendencias democráticas, y los otros con tendencias aristocráticas. Todavía debió quedar alguna fuerza á los dorios. La dórica Siracusa absorbió bien pronto todas las ciudades vecinas y rivales. Las tiranías quedaron allí establecidas como en la Grecia. Agrigento tuvo á Falaris, á Alcmandar y á Teron, 560 á 489, y Gelon se apoderó de Siracusa.

Es indudable que no se rompió la union

de toda la Hélade; mas si hallamos las colonias en la guerra de la independencia, será guardando muy prudentes simpatías para sus metrópolis.

En el continente helénico, los bárbaros habian hallado fácilmente donde establecerse, y cada uno contento con su lote se habia ido fortificando. Pero esta especie de igualdad, fundada por la conquista, no podia durar mucho. Era necesario que entre todos estos pequeños estados algunos se pusieran á la cabeza del movimiento y dominaran á todos los demás.

El norte de la Grecia habia sido ya rudamente amenazado; los descendientes de CARANUS el Heráclida, los príncipes de Macedonia, aguerridos con las grandes luchas de sus vecinos los de la Tracia y de la Iliria, habian tenido que combatir contra los persas. El sátrapa *Megabises* ó *Megabazes* (1) habia venido á arrancar á los habitantes de la Peonia sus ciudades y sus campiñas, para trasladarlos á las comarcas asiáticas. Este era el sistema de las cautividades. La posicion es difícil para la Macedonia. Su aptitud será incierta durante la guerra de la independencia. Unida de corazón á la Grecia, ligada de hecho á la Persia por la conquista, procuró salvarse por la traicion. No era esta la verdadera fuerza de la Hélade.

Dos clases de poderes se distinguian ya en las naciones griegas: las costas debían suministrar marinos y el continente soldados.

(1) Hay un *Megabises* entre los siete «Pasargadas» que nombra la inscripcion. ¿Seria el mismo?





Egina, Corcira, Megara equipaban numerosas galeras. Corinto, especialmente, maravillosamente colocada entre los dos mares, había llegado á ser como el depósito central de la Europa y del Asia; preciosos almacenes y ricas manufacturas la aseguraban á la vez los productos del negocio y los beneficios de la exportación.

Pero de todos estos poderes marítimos era el primero, sin disputa, la hermosa hija de Minerva, Atenas, la jónica. Industrial y guerrera, contaba á la vez en su puerto grandes naves de carga y galeras armadas, que iban á lejanos países á buscar los tesoros del mundo y á hacer respetar la dominación de su patria.

Respecto al continente, los tesalios son los que dominan en la Grecia septentrional; después los megarios, los focenses, los socrios, cuyos batallones eran celosos por su libertad y gozan de gran fama de valor; los atenienses, tan formidables por tierra y mar, y que están á la cabeza de la falange central; los argios del Peloponeso, los intrépidos arcadios, dignos rivales y aliados poderosos de los espartanos, rudos hijos de Licurgo, que agueridos en su sangrienta confusión contra los mesenios, aparecen ahora como los jefes de la fuerza continental.

Atenas y Esparta son para nosotros las que merecen especial mención; también de ellas partió el primer grito de alarma y los primeros preparativos de defensa.

Esparta reparó en el reposo de cincuenta años todas las pérdidas que experimentó en los triunfos sobre la Mesenia. Tomó de nuevo las armas con variado éxito contra los argios. Destrozada tres veces por los habitantes de Tegea (620—604—568), se apodera al fin de esta ciudad en 546, obligando al año siguiente á sus enemigos á que cedieran á Tiria y la Cinuria, que ellos venían disputando hacia ya quinientos años. Una nueva victoria del rey Cleomenes aseguró el poder de los dorios en la Lacedemonia. La supremacía de Esparta llegó á ser un hecho; los eginetas (491), aumentan el número de sus adictos, y nadie puede ya disputarla su primer puesto en el Peloponeso. Además tenía conciencia de su poder, pues ya

en peligro de ser desdeñado, hubo de enviar al gran Ciro un embajador para que tomase bajo su protección las colonias helénicas.

Sin embargo, Atenas se fué engrandeciendo. *Pisistrato*, el valiente, el protector de las ciencias y de las artes, el sábio y clemente, elevó al más alto grado su poder y su gloria, sujetándola á rudos trabajos. Los dos hijos del «tirano», *Hiparco* é *Hipias*, siguen su vigorosa y hábil administración; pero se despierta el genio de las discordias civiles. El insulto hecho por Hiparco á la hermana de *Harmodio* (1) no se lava más que con sangre. *Harmodio* y *Aristogiton* asesinan al pisistratida en las fiestas de las Panateneas.

Hipias, que quiso vengar á su hermano haciendo recaer sobre los atenienses el peso de su cólera, fué arrojado también poco tiempo después; los dos asesinos, que habían perseguido á los golpes de los guardias ó en los tormentos, fueron aventadas sus cenizas, y los atenienses cantaron en las fiestas solemnes: «Yo llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto, como *Harmodio* y *Aristogiton* cuando mataron al tirano y cuando establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.»

El pueblo cantaba como siempre; pero la revolución no había sido hecha á su deseo. Los Alcmeonidas habían arrojado á los pisistratidas con la ayuda de Lacedemonia; esto no era más que un cambio de poder. *Clistenes*, jefe de la familia victoriosa, hizo que permaneciera vigente la constitución de Solon. Pero había dado el ejemplo de llamar á los extranjeros, é *Iságoras*, jefe del partido opuesto, recurrió á ellos.

El deseo de dominar armó á los dorios; el rey Cleomenes arrojó á Clistenes, destruyó á setecientas familias de Atenas, y fiel á las tendencias aristocráticas de su raza, dejó á un Senado de trescientos miembros el gobierno de la ciudad. Pero el pueblo se amotinó. El pueblo despreció á los espartanos, sitió á los senadores y los arrojó del Ática, é hizo lo mismo con los espartanos. Había en esto envuelta una cues-

(1) Había sido invitada á llevar una de las cestas sagradas á una fiesta, y cuando se presentó, la despidieron como no perteneciente á buena casa.



tion de vida ó muerte. Atenas halló medios de insultar y de burlarse de la liga hecha entre los habitantes de la Beocia, de la Calcidia y de los de Egina, coaligados contra ella; se apoderó de Eubea; destruyó á los beocios; envió á Milciades á hacer por ella la conquista del Quersoneso de Tracia, de la isla de Lemnos y de las Cicladas.

Desembarazada ahora y libre de su anarquía, fuerte y bien constituida, llega á hacerse, á despecho de Esparta y de la Grecia, la primera potencia marítima. En su constitución entraba como punto principal el *ostracismo*, por el cual se libraba de los ciudadanos que la podían hacer sombra en su poder. El ostracismo fué establecido, según se cree, por una ley de Clistenes. Todos los años, en el sexto mes, se presentaba al Senado y al pueblo la si-

guiente proposición: La seguridad del Estado ¿exige que haya voto de ostracismo? En caso afirmativo, cada ciudadano recibía una concha de ostra «*ostrakon*», barnizada de cera, sobre la cual se escribía el nombre del personaje que había de ser desterrado. El destierro, para el cual era necesario una mayoría de seis mil votos, duraba diez años. Aristóteles no parecía enemigo del ostracismo. Montesquieu tampoco, pues le cree conveniente en el caso en que sea necesario poner por un momento un velo á la libertad (1).

«¿Tenemos, pues, motivos, exclama Duruy, para vituperar á Atenas, cuando nosotros, los modernos, hemos establecido tantas veces leyes de ostracismo? (2).

(1) *Espíritu de las leyes*, l. XII, c. 19.

(2) Duruy, *op. cit.*, p. 220.